

UNA FORTALEZA SIN PUENTE LEVADIZO

Ensayo de Carla Cordua en "Nativos de este mundo"
Ed. Universitaria. Santiago de Chile, 2003

*Hijo de ladrón*¹, la notable novela de Manuel Rojas, que narra la vida conformada principalmente por la pobreza específica de los países a medio civilizar, ha sido interpretada muy diversamente. La crítica del libro ha destacado las ideas anarquistas de algunos de sus personajes, la marginalidad social de estos, su rechazo de las valoraciones burguesas, los efectos que tuvo para Aniceto Hevia, el narrador que cuenta su vida en



Carla Cordua

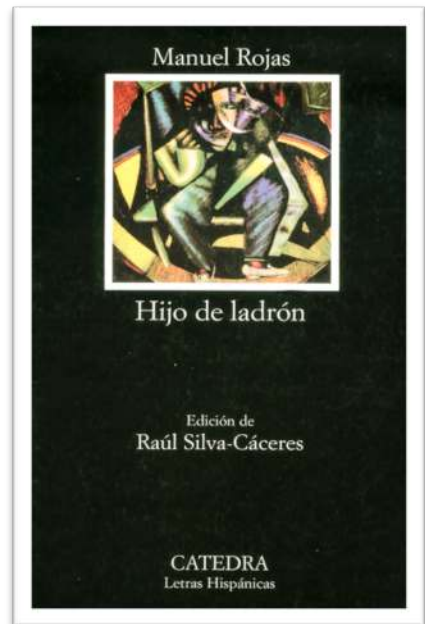
primera persona, y también para su familia, que el padre fuera ladrón, y no uno de los ocasionales sino uno establecido profesionalmente como tal. por decir así. Todos estos enfoques interpretativos tienen una justificación obvia: ahí, en el libro, están, en efecto, tanto las ideas anarquistas y las críticas que de ellas derivan como la marginalidad de las personas narradas y también las varias descripciones de ladrones, de sus costumbres, de los peligros que los amenazan². Pero ninguno de estos elementos de la novela atraviesa sus cuatro partes como motivo principal. El novelesco y sugerente título de la novela sirve bien para algunas de sus secciones importantes pero no las representa adecuadamente a todas ni domina la vida entera de los personajes como lo hacen, en cambio, el ambiente y las consecuencias de su no mitigada pobreza. La carencia o necesidad, que permea la historia de comienzo a fin, está inteligentemente observada y descrita por Manuel Rojas, que, con seguro instinto artístico, evita los deslices sentimentales a propósito de ella. Ser pobre en una civilización que deja a la mayoría de la población fuera del radio protector de sus instituciones es una manera peculiar de ser hombre, novelada aquí con gran penetración, acierto y éxito.

Además de las interpretaciones de *Hijo de ladrón* enumeradas arriba, vale la pena recordar otra, a saber, la que quiso ver la obra de Manuel Rojas como un producto de la influencia sobre la manera de pensar del autor chileno de los existencialistas franceses de los años cuarenta y cincuenta del siglo que acaba de terminar. La importancia de la libertad personal, afirmada repetidas veces en la obra por diversos personajes a propósito de situaciones muy variadas, pareció autorizar la conexión de este libro con las posiciones de aquellos filósofos³. Pero el aprecio de la libertad es un motivo humano tan general que no basta por sí solo para atribuirle aquella influencia al autor. Creo, más bien, que el goce de la libertad de los



personajes de Manuel Rojas en este libro puede ser visto como el único privilegio de los pobres vagamundos, la suprema compensación de sus innumerables limitaciones y sufrimientos. "(Mis parientes) pertenecían a las tribus que prefirieron los ganados a las hortalizas y el mar a las banquetas del artesanado y cuyos individuos se resisten aún, con variada fortuna, a la jornada de ocho horas... escogiendo oficios... que les permiten conservar su costumbre de vagar por sobre los trescientos sesenta grados de la rosa, peregrinos, seres generalmente despreciados y no pocas veces maldecidos, a quienes el mundo, envidioso de su libertad, va cerrando poco a poco los caminos..." (HL 59-60).

Por no estar sujetos a tantas reglas, convenciones, obligaciones, servidumbres necesarias para conservar una posición social y disfrutar de sus ventajas, cierto tipo de libertad es accesible, precisamente, al que no tiene nada. Ni casa, ni dinero que cuidar, ni posesiones, ni trabajo, ni una función social fija, ni profesión, partido político, club u obligación rutinaria alguna. No tener sino su nuda vida, con la que la persona sin ataduras es libre de hacer lo que le parece de momento a momento: esa es, precisamente, la forma principal de libertad que emerge de *Hijo de ladrón*. Es un modo negativo de libertad, sin duda, pues deriva, en buena medida, de aquello de que las personas carecen y no consiste, como las maneras positivas de la libertad, de facultades o poderes. Pero es, a pesar de todo, auténtica libertad aunque no llegue a ser completa, debido a que la experiencia de ser libre posee siempre numerosos ingredientes negativos. "Libertad y lágrimas" (HL 64) era lo que tenían los hermanos del narrador; igual que sus amigos y compañeros ocasionales: "Tendedores de vías férreas, que no tienen nada, nada más que la libertad..." (HL 146).



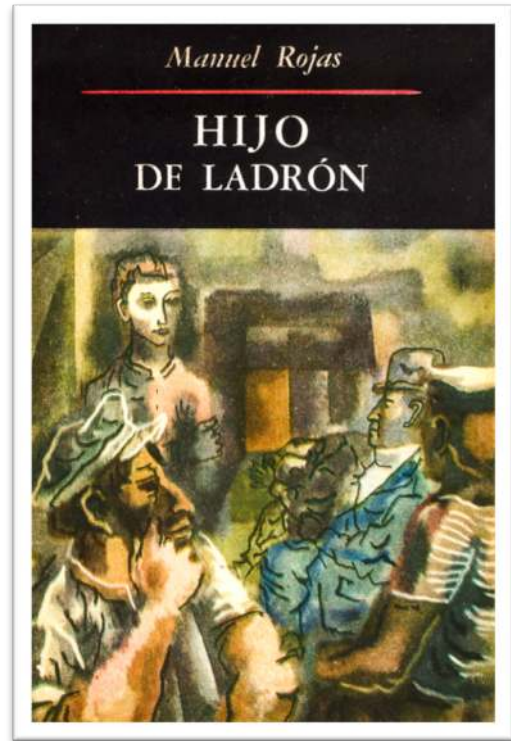
Que la novela trata de Aniceto hijo, y no de su padre, debiera bastar para convencerse que el tema del robo o de la existencia de ladrón, aunque elaborado a menudo y a propósito de diversos personajes a lo largo de la narración, no es su asunto principal. Pues el hijo, de cuya historia se trata, no roba, aunque está lejos de condenar o de despreciar el robo como modo de vida. "Ni mis hermanos ni yo sentíamos inclinación alguna hacia la profesión de nuestro padre... Si el padre trabaja en su propio hogar (el hijo) estará desde pequeño en medio de los elementos e implementos... del oficio paterno y, quiéralo o no, concluirá por aprender, aunque sea a medias, el oficio... Cuando el padre desarrolla sus actividades económicas fuera de su casa, como el médico, el ingeniero o el ladrón, pongamos por caso, el asunto es diferente, sin contar con que estas profesiones, liberales todas, aunque desemejantes entre sí, exigen cierta virtuosidad, cierta especial predisposición, cosa que no ocurre con la encuadernación y la zapatería, que son, esencialmente y en general, trabajos manuales" (HL 250-1). Sabe que ser ladrón es ser "una persona socialmente no respetable" (HL 237), pero no se siente "apesadumbrado por eso" (HL 238). "A veces roban –el hambre les obliga– y miran y sienten sobre sí y alrededor de sí y durante años, durante infinitos años, aquella vida sórdida. No pueden pensar en otra cosa que en subsistir y el que no piensa más que en subsistir termina por encanallarse... No podía reprocharles nada, pues



no tenían la culpa de ser lo que eran o cómo eran..." (HL 220). En muchas circunstancias el narrador acepta que la manera de ser de las personas proviene no tanto de ellas mismas sino de necesidades que las someten sin consideración de su querer: "No tenía ningún resentimiento contra aquel hombre cuyo nombre acababa de conocer; sospechaba que cumplía, como mi padre y como todos los demás hombres, un deber que no podía eludir sin dejar de ser lo que obligadamente era" (HL 71). Otros personajes de la novela coinciden con el hijo en estas opiniones⁴ y le dicen al padre: "Cada uno se gana la vida como Dios le deja y usted es un hombre decente" (HL 322 cf. 74). O también: "Cristian se hizo ladrón: era una manera de salvarse, malamente, es cierto, pero no todos pueden elegir lo mejor" (HL 322).

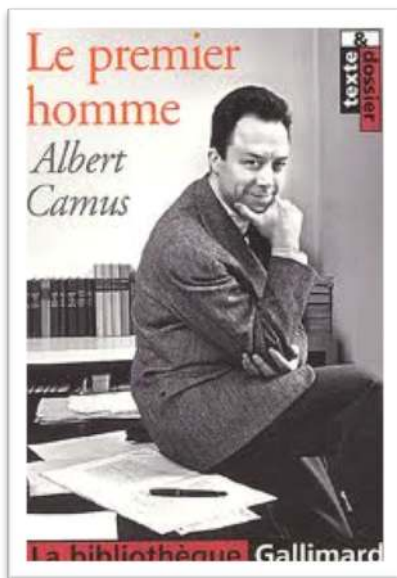
La condición de hijo de ladrón tiene, sin embargo, combinada con la pobreza en la semicivilización, consecuencias decisivas para el protagonista de la novela. La familia carece de conexiones sociales por temor de comprometer al padre y, por tanto, de una inserción normal en el tejido colectivo. Se relaciona, en particular, con otros ladrones tan interesados como ella en pasar desapercibidos. "Mis parientes eran seres nómadas, no nómadas esteparios, apacentadores de renos o de asnos, sino nómadas urbanos, errantes de ciudad en ciudad, y de república en república... peregrinos, seres generalmente despreciados y no pocas veces maldecidos, a quienes el mundo, envidioso de su libertad, va cerrando poco a poco los caminos... Mi padre tenía una profesión peligrosa y complicada. Ni mis hermanos ni yo supimos, durante nuestra primera infancia, qué profesión era e igual cosa le ocurrió a nuestra madre en los primeros meses de su matrimonio..." (HL 59-60).

Después de la muerte de la madre y el súbito encarcelamiento del padre, Aniceto queda abandonado y librado a la suerte en su adolescencia temprana. Sin dinero, sin parientes, sin amigos, sin trabajo, en una sociedad que no le ofrece nada, cae en el desamparo total. El completo aislamiento, el hambre, la falta de techo y el no saber qué hacer consigo: ese es el verdadero asunto de la novela de Manuel Rojas. "Yo no tenía, en cambio, a nadie: la familia de mi madre parecía haber desaparecido. Era originaria de algún punto de la costa de Chile central, regiones a que no llegan sino débiles y tardíos rumores del mundo y en donde las familias se crean y destruyen, aparecen y desaparecen silenciosamente, como aparecen y desaparecen los árboles y los bosques, no quedando de ellas, en ocasiones, más que la casa, ya medio derruida, en que sus principales miembros nacieron, vivieron y murieron". La civilización es, en el cono sur de la Hispanoamérica narrada, una tenue y breve capa que no alcanza a cubrir el aislamiento y abandono de los pobres. "No tenía en Chile hacia quién volver la cara: no era nada para nadie, nadie me esperaba o me conocía... No tenía destino conocido alguno... Vivía porque estaba vivo" (HL 260-1).



Manuel Rojas muestra en este libro el salvaje desvalimiento del pobre vivido por dentro gracias al narrador en primera persona que habla de sí mismo y de otros que se encuentran en igual situación. "Estaba solo, enfermo y hambriento y no podía elegir" (HL 269). "Si trabajaba era porque necesitaba comer y si comía era porque me era necesario. Necesidad, he ahí todo. No esperaba nada, nadie llegaría, mi madre había muerto, mis hermanos estaban esparcidos y mi padre cumplía en un penal una condena por una increíble cantidad de años... No tenía esperanzas, tenía necesidades... pocas necesidades pero urgentes y las personas que me rodeaban tenían las mismas y apenas si una que otra más...; trabajar, sí, pero a veces no hay trabajo y además hay gente que trabaja y que siempre tiene hambre..." (HL 281).

La pobreza como condición estable de vida, muy empeorada por el desamparo político y social, puede ser un círculo de hierro que aísla, a menudo indefinidamente, tanto a los individuos como a las familias cuyas generaciones se suceden apresadas por ella. La existencia de estos grupos cae, por decir así, fuera de la historia debido a la repetición indiferente de sus modos de trabajar por una subsistencia que los mantiene en un mismo sitio ligados a un tiempo que se agola en la monótona faena de sobrevivir. La soledad del que se encuentra alado sin querer a este ciclo de carácter natural suele no ser percibida como la fatalidad que en verdad representa para las posibilidades individuales sino, más



bien, como el destino de los pobres. Esta clase de ahistoricidad de la existencia está estrechamente ligada a la capacidad de olvidar el pasado y a la pasividad frente al futuro. No queda sino el presente dedicado al esfuerzo por satisfacer las necesidades y abierto de par en par tanto a la suerte como a la desgracia. "Necesidad, he ahí todo", como dice Manuel Rojas.

Hijo de ladrón se escribe de a poco. El autor publica fragmentos del libro en proceso en varias revistas a partir de 1943. La versión final de la novela aparece en Santiago en 1951. En 1959 Albert Camus escribe, en el último año de su vida y sin llegar a terminarla, la gran novela autobiográfica de su niñez y primera juventud. Tal como *Hijo de ladrón*, el de Camus es un libro acerca de la pobreza⁵, ahora la norafricana, en otro país apenas civilizado, el este salvaje de Argelia, entonces colonia de Francia. Este libro inconcluso que consta de varios textos sin revisar, encontrados por la familia de Camus en 1960, fue publicado por primera vez en el original en 1994 con el

título *Le premier homme* (El primer hombre)⁶, una expresión que figura varias veces, aunque no como título principal, en los cuadernos del escritor. El libro planeado por Camus, como la obra de Manuel Rojas, es una novela que ilumina a fondo el significado de la extrema pobreza para la condición humana. Se trata de libros tan próximos en su visión, en su inteligencia de las características de la privación y de la marginación social y en su manera lúcida de exhibir las consecuencias de la situación tematizada, que cuesta aceptar el hecho obvio de que fueron concebidos y compuestos en forma completamente independiente uno del otro. Negar esta independencia equivaldría a sostener,

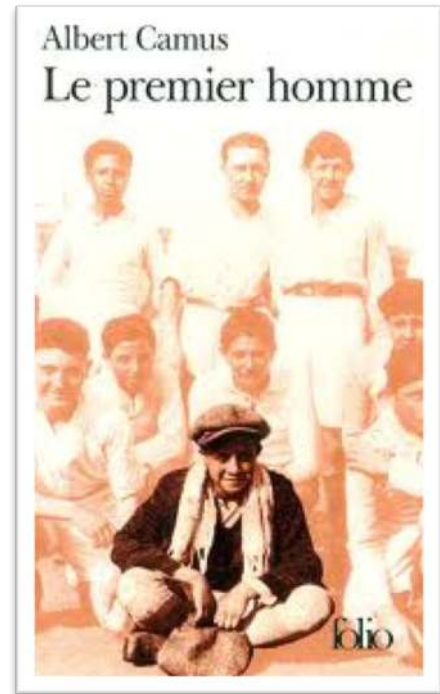


improbablemente, que Camus plagia a Rojas o se inspira en *Hijo de ladrón*.

Lo que sí une legítimamente a las dos historias de Rojas y de Camus es la similitud de las experiencias vividas de la pobreza, la lucidez de los autores franca honestidad con que se expresan sobre una realidad que conocen de primera mano. Ambos narradores cuentan la pérdida del padre y el mundo miserable en el que les toca comenzar a hacerse, sin ayuda suficiente, de una vida propia. En estas novelas de la pobreza específica del desarrollo atascado o apenas iniciado, los personajes no tienen recurso a cosas como servicios públicos, lugares en que se reclaman derechos, validación de papeles y certificados, atención de la salud, acceso a sitios de descanso o de entretenimiento, reconocimiento de la valía no pecuniaria del trabajo, etc. Viven al margen de la cultura, e incluso, de contactos habituales con los grupos sociales que gozan de derechos, educación, vacaciones, arte, religión.

Su ambiente es la soledad, el aislamiento; Camus acentúa esta situación colocando dos sordos, la madre y el tío, en una familia de cinco personas. La pobreza es un pozo del que no sólo es difícil salir a la larga sino que encierra en todo momento a cada uno nada más que consigo mismo, sofocantemente, en lo inmediato, privándolo de los medios que enseñan a tomar distancia, a verse en una multiplicidad de situaciones diversas, a probar sus fuerzas en tareas distintas, a comparar sus posibilidades con las historias de otras personas, a proyectar un futuro. En la frase de Camus, la pobreza es "una fortaleza sin puente levadizo"; por eso su protagonista resulta ser siempre "oscuro para sí mismo" (PH 255ss).

En *El primer hombre* la familia de los niños, que asisten a la escuela disfrazados de alumnos normales, esto es, con zapatos y ropa limpia (PH 185), ha conseguido ocultarle a los profesores su verdadera situación. Para los niños, en cambio, la escuela es un lugar fabuloso de exóticas revelaciones. "La escuela sólo les proporcionaba sólo una evasión de la vida de familia. En la clase del profesor Bernard al menos, ella alimentaba en los alumnos un hambre más esencial para el niño que para el hombre, el hambre de descubrir... En la clase del profesor Germain sentían por primera vez que existían y que eran objeto de la más alta consideración: se les trataba como dignos de descubrir el mundo" (PH 138). En *El primer hombre* el padre ausente ha muerto en los comienzos de la primera guerra mundial. El hijo trata de formarse alguna idea de quién fue su padre, para poder recordarlo en alguna medida, pero fracasa. "Nadie hablaba ya de ellos. Ni su madre ni su tío hablaban ya de sus padres desaparecidos. Ni de aquel padre cuyas huellas él buscaba, ni de otros. Ellos seguían viviendo por rutina, aunque ya no sentían la necesidad, el hábito estaba establecido y también una desconfianza resignada hacia la vida a la que amaban animalmente, pero de la que sabían por experiencia que ella produce desgracias con regularidad sin siquiera haber dado un signo de que las traía" (PH 127). La viuda busca refugio en casa de su madre: "La madre llega a Argelia llevando de la mano a un niño de 4 años y a otro, hinchado por la picazón de los mosquitos, en los brazos. Se presentan en casa de la abuela, que está instalada en tres piezas en un barrio pobre. 'Madre,



le agradezco que nos acoja'. La abuela, derecha, los ojos claros y duros, la mira: 'Hija mía, habrá que trabajar'" (PH 295). Las tres personas que trabajaban en la familia de Jacques, que representa muy fielmente al pequeño Camus, "tenían sueldos miserables que, en conjunto, debían mantener una familia de cinco personas. La abuela manejaba el dinero de la casa y, por eso, la primera cosa que impresionó a Jacques fue su aspereza, no porque ella fuese avara o, en caso de serlo, era avara como uno lo sería del aire que respira y que nos hace vivir" (PH 83).

Formarse una idea del padre muerto depende, en la narración de Camus, de los vivos que lo conocieron, de la familia del niño que sufre su ausencia. Pero en sus circunstancias los obstáculos que se oponen a tal búsqueda son insuperables. "No, no conocería jamás a su padre, que seguiría durmiendo allá abajo, el rostro perdido para siempre en la ceniza. Había un misterio a propósito de ese hombre, un misterio que hubiera querido penetrar. Pero, finalmente, no hay sino el misterio de la pobreza que hace seres sin nombre y sin pasado" (PH 180 cf. 307). "Hasta la memoria de los pobres es menos nutrida que la de los ricos, tiene menos puntos de referencia en el espacio, pues es raro que dejen el lugar en el que viven; menos puntos de referencia también en el tiempo de una vida uniforme y gris. Obviamente, hay la memoria del corazón, de la que se dice que es la más segura, pero el corazón se gasta con el esfuerzo y el trabajo, olvida más rápidamente bajo el peso de las fatigas. El tiempo perdido no se recupera más que entre los ricos. Para los pobres, no marca sino las huellas vagas del camino de la muerte. Y, además, para poder soportar no hacía falta recordar mucho, hacía falta mantenerse muy cerca de los días, hora tras hora, como lo hacía su madre, un poco a la fuerza, sin duda, porque esa enfermedad juvenil (...) la había dejado sorda y con cierta dificultad para hablar que le había impedido aprender lo que se enseña hasta a los más desheredados y forzado, en consecuencia, a la resignación muda. Pero, esa era también la única manera que ella había encontrado para afrontar su vida, ¿y qué otra cosa habría podido hacer quién, en su lugar, hubiese encontrado otra manera?" (PH 79).



Albert Camus

En las notas sobre su proyecto de novela autobiográfica que fueron encontradas después de su muerte, Albert Camus declara que su propósito era "Arrancar a esta familia de pobres del destino de los pobres que es desaparecer de la historia sin dejar huellas. Los Mudos" (PH 293). La resignación muda puede ser comprendida y narrada por el hijo que, junto con hacerlo, quiebra el ciclo de la fatalidad no sólo para sí sino también para los suyos que vivieron vidas destinadas a no dejar rastros. "Caminando por la noche de los años sobre la tierra del olvido donde cada cual era el primer hombre, donde él mismo se había tenido que educar solo, sin padre,... nadie le había hablado y había tenido que aprender solo, crecer solo, en fuerza, en poder, encontrar solo su moral y su verdad, a nacer, en fin, como hombre para todavía nacer en seguida de un nacimiento más duro, ese que consiste en nacerá otros, a las mujeres..." (PH 181)⁷.



Refiriéndose a los inmigrantes que poblaron Argelia, entre los que se encontraban los antepasados de su padre, el narrador de *El primer hombre* dice: "Multitudes enteras habían venido aquí desde hace más de un siglo, habían trabajado, trazado surcos, cada vez más profundos en ciertos lugares, en otros cada vez más desiguales hasta que una tierra ligera los recubre y la región retorna entonces a las vegetaciones salvajes, y ellos habían procreado y luego desaparecido. Y así mismo sus hijos. Y los hijos y nietos de los que se habían encontrado en esta tierra como él mismo se encontraba allí, sin pasado, sin moral, sin lección, sin religión pero feliz de existir y de estar a la luz, angustiado ante la noche y la muerte. Todas esas generaciones, todos esos hombres venidos de tantos países diferentes, bajo ese cielo admirable en el que subía ya el anuncio del crepúsculo, habían desaparecido sin dejar huellas, cerrados sobre sí mismos. Un inmenso olvido se había extendido sobre ellos, y en verdad eso era lo que dispensaba esta tierra, lo que descendía del cielo con la noche cayendo sobre los tres hombres que retomaban el camino del pueblo con el corazón apretado por la proximidad de la noche, llenos de esa angustia que asalta a todos los hombres de África cuando la tarde rápida desciende sobre el mar, sobre sus montañas atormentadas y sobre las altas mesetas, la misma angustia sagrada que sobre los flancos de la montaña de Delfos donde la tarde produce el mismo efecto, hace surgir templos y altares. Pero en la tierra de África los templos están destruidos y no queda más que ese peso insoportable y dulce sobre el corazón. Sí, ¡cuán muertos estaban! ¡Cómo morían aún! Silenciosos y apartados de todo, así como había muerto su padre en una incomprensible tragedia lejos de su patria carnal, después de una vida completamente involuntaria, después del orfelinato, del hospital, pasado por el inevitable casamiento, una vida que se había construido alrededor suyo, a pesar suyo, hasta que la guerra lo mata y lo entierra, en adelante para siempre desconocido de los suyos y de su hijo, entregado, también él, al inmenso olvido que era la patria definitiva de los hombres de su raza, el lugar de llegada de una vida comenzada sin raíces..." (PH 178-9).

Las dos novelas coinciden en la concepción de la pobreza y en la representación de las circunstancias humanas ligadas a ella en países 'nuevos' o, más bien, crudos. Pero literariamente la novela de Manuel Rojas, organizada con cuidado, completa y bien revisada, es muy superior al texto incompleto y sin revisión de Albert Camus. Además, aunque *Hijo de ladrón* está lejos de ser una historia psicológica, uno de sus mayores encantos depende de la extraordinaria personalidad del narrador. Poco dice Aniceto Hevia de sí mismo pero su manera de hablar de las cosas y de las demás personas van forjando paulatinamente una presencia suya indirecta que le confieren al narrador un auténtico protagonismo en el libro.

Cuando cae preso injustamente, debido a un malentendido y una injusticia, Aniceto tiene oportunidad de compararse con los detenidos por diversos delitos, en particular con los ladrones, que le interesan especialmente. "Sentía que entre los ladrones y yo había alguna diferencia, una diferencia de edad, de condición, de preocupaciones; sentía también que la había con los solitarios y con los semisolitarios –conversaban pero estaban solos–, pero la diferencia que existía entre aquellos y yo era, a pesar de la igualdad de edad o a causa de ella, una diferencia extraordinaria, casi una diferencia de especie, no natural tal vez, pero de todos modos evidente y enorme... Y aquella diferencia no era sólo desde ese momento o desde algunos días atrás, era de siempre, desde la infancia, desde los primeros pasos, desde los primeros balbuceos y juegos. Muy poca gente sabe la diferencia que existe entre un individuo criado en un hogar donde hay limpieza, un poco de orden y ciertos principios



morales –aunque estos no sean de los más inteligentes o sean impartidos, como en mi caso, por un padre cuyo oficio es de aquellos que no se pueden decir en voz alta–, y otro que no ha tenido lo que se llama hogar, una casa aparte o unas piezas y no un cuarto de conventillo en que se hacinan el padre con la madre, los hijos y el yerno, algún tío o un allegado, sin luz, sin aire, sin limpieza, sin orden, sin instrucción, sin principios de ninguna especie, morales o de cualquiera otra índole..."(HL 219).



Carla Cordua

Aniceto, que establece relaciones y amistades personales al azar de los encuentros de su vida errante, es muy reservado y generalmente calla sobre sí mismo. Su conversación se refiere a las circunstancias inmediatas que comparte con sus interlocutores. Rara vez juzga a los demás y nunca expresa sentimientos íntimos o comparte su pasado. Una elegante reticencia y moderación, cierta manera de inteligencia serena y equilibrada de las cosas, una gran capacidad de callar y de escuchar a otros, lo caracterizan. Es buen amigo pero no efusivo; nunca exagerado, indiscreto o bullicioso, guarda distancias aun cuando está dispuesto a compartir lo poco que posee. A través del modo de narrar su propia historia, una manera lenta y amiga de largas enumeraciones, vemos al joven paciente, observador, sufrido, estoico y ponderado. A menudo se describe como extranjero, esto es, separado, distinto, ajeno a lugares, situaciones y gentes. Piensa de los demás que también poseen, como él, una reserva de intimidad que no revelan a nadie. "Quien sabe si vivimos siempre nada más que alrededor de las personas, aun de aquellas que viven con nosotros años y años y a quienes, debido al trato frecuente o diario y aun nocturno, creemos que llegaremos a conocer íntimamente; de algunas conocemos más, de otras menos, pero sea cual fuere el grado de conocimiento que lleguemos a adquirir, siempre nos daremos cuenta de que reservan algo que es para nosotros impenetrable y que quizá les es imposible entregar: lo que son en sí y para sí mismas, que puede ser poco o que puede ser mucho, pero que es: ese oculto e indivisible núcleo que se recoge cuando se le toca y que suele matar cuando se le hiere" (HL 324).

Aniceto no se queja nunca en voz alta, pero expresa su conciencia de persona que carece de domicilio, de vecindario, de país: no tiene nada propio, no pertenece a parte alguna. "Nadie me conocía y yo no conocía a nadie; en mi ciudad natal era un extraño, casi un extranjero" (HL 124). "No existía, en aquella ciudad llena de gente y de poderosos comercios, un lugar, uno solo, hacia el cual dirigir mis pasos en busca de alguien que me ofreciera una silla, un vaso de agua, un amistoso apretón de manos o siquiera una palmadita en los hombros;..." (HL 143). "Soy un extranjero, aunque no tenga certificados; no me he metido con nadie, no he hecho nada y mis asuntos no tienen relación alguna con los de esos hombres y con los de esta ciudad.... Inconscientemente, tenía la esperanza de mi extranjería y de mi carencia de intereses en aquella ciudad... se sabe mal vestido y se siente extranjero en las calles de una ciudad amotinada..." (HL 157, cf. 158).

Aunque Aniceto Hevia, inolvidable como el personaje que se retrata indirectamente a través de la narración de *Hijo de ladrón*, es muy diferente del protagonista que representa al niño y al joven Camus en *El primer hombre* ambos coinciden no sólo en su apreciación del



significado humano de la pobreza y el desamparo civil sino también en su determinación de salir de la condición que su nacimiento les ha impuesto. Dice Camus de Jacques, su protagonista: "El había tratado de escapar al anonimato, a la vida pobre, obstinada, ignorante, no había podido vivir al nivel de aquella paciencia ciega, sin palabras, sin otro proyecto que lo inmediato. Había corrido mundo, edificado, creado, quemado seres, sus días habían estado llenos a reventar. Y, sin embargo, sabía ahora en el fondo de su corazón que... lo que representaba no le había importado nunca nada..." (PH 182). El Aniceto Hevia de Manuel Rojas declara: "Quería elegir mi destino, no aceptar el que me dieran" (HL 155). Y agrega que: "Advertía que había en mí algo que no había en ellos, un ímpetu o una inquietud que no tenía dirección ni destino, pero que me impediría aceptar para siempre sólo lo que la casualidad quisiera darme. Quizá si debía eso a mi padre. En ocasiones, la misma fuerza puede servir para obrar en varias direcciones; todo está en saber utilizarla. No tenía ambiciones, no podía tenerlas, pero existía en mí un límite de resistencia para las cosas exteriores, ajenas a mí mismo. Esto lo acepto, esto no. Hasta ahí llegaba. No era mucho, pero era suficiente" (HL 325-326). La coincidencia de estos dos personajes y sus historias, de Aniceto Hevia y Jacques Cormery, no depende sólo de sus opiniones, actitudes y circunstancias. Ellos son creaciones literarias, autobiográficas en buena medida, de dos escritores de enormes dotes que, mediante estos protagonistas, cuentan su infancia y juventud, y señalan en ellas el impulso que acabó convirtiéndolos en los notables artistas que llegaron a ser. Ambos nombran expresamente esta voluntad de hacerse cargo de sí mismos, de no aceptar la suerte que les tocó al iniciar sus vidas, de no pasar por este mundo sin dejar huellas. La ahistoricidad de sus familias dominadas por necesidades naturales y la vida que ellas llevan en los intersticios de una civilización que las ignora, ya no son posibilidades apropiables por ellos. La actitud autobiográfica representa un aspecto importante de la puesta en práctica de estas decisiones. Si no pueden saber mucho sobre sus padres desaparecidos, pueden cultivar la rememoración de su propia trayectoria. Con la memoria de sí iniciarán su incorporación a la vida colectiva en la que se harán valer y reconocer como miembros de un grupo histórico. Que tengan que incorporarse a tal grupo mediante iniciativas que dependen de ellos individualmente, cuando lo natural humano es nacer dentro del tejido de la cultura, caracteriza la situación inicial que sus autobiografías exhiben.

¹ Manuel Rojas, *Hijo de ladrón*, Edición de Raúl Silva-Cáceres, Madrid, 2001. Las citas en el texto están tomadas de esta edición y se señalan mediante HL seguido de la página.

² Alone, en su columna de *El Mercurio* del 9 de septiembre de 1951 sostiene que éste es el tema del libro: "El tema o la materia... es la vida de los ladrones mirada por dentro y sin concepto moral".

³ Raúl Silva-Cáceres, *Introducción a HL*, 22.

⁴ Es un error sostener que en HL falta todo juicio ético acerca de la profesión de El Gallego. Lo que ocurre es que la manera de pensar del narrador es muy matizada y compleja, rara en un adolescente. Es cierto que no se formula un juicio tajante y simple, pero el hijo dice expresamente que vivir de robar es una mala opción, pero que puede depender de circunstancias que forzarían toda posible resistencia a practicarla. Durante el motín, por ejemplo, los amotinados le gritan repetidamente a la policía que no son ladrones sino obreros. Véase Alone, *El Mercurio*, 23 de abril de 1972: "Diríase que... la moral, la vieja moral de los escrupulos, temores y castigos, queda a una distancia que apenas se divisa".



⁵ *La pobreza metropolitana, como se encuentra novelada en el Londres de Dickens o el París de Balzac difiere de la narrada por Rojas y Camus en varios aspectos decisivos, por ejemplo, en que el hacinamiento ciudadano es reemplazado por la vagancia a través de amplios espacios solitarios y paisajes deshabitados. La travesía a pie de la cordillera de los Andes, las playas desiertas del Pacífico en HL, y las excursiones de caza de lío y sobrino, la novedad de la Argelia colonial ("este país sin nombre"), poblada por franceses pobres (pieds-noirs) y árabes, a la vez africana y europea, primitiva, brutal y enérgica en El primer hombre de Camus, ofrecen posibilidades novelescas completamente nuevas.*

⁶ *Albert Camus, Le premier homme, París, Gallimard, 1994. Este libro será citado en el texto mediante la abreviatura PH seguido de la página.*

⁷ *Cf. PH 306: "Él encuentra su (propia) infancia pero no a su padre. Se da cuenta que es el primer hombre".*

